

tas, estudiantes, todos mayores de edad porque al entrar piden la credencial de elector, no hay mujeres. Todos gritan cuando aparecen los Traileros en la pantalla cantando Abeja Reina, hay gritos de mariachi, de Chente, prolongados, tímidos, pero todos contienen el clásico ¡Ayayay! Ulises sugiere irnos a otra cantina menos ruidosa.

El cambio es radical, en *El Beto's* el silencio parece el de un velorio, no se oyen voces, ni ruido, sin embargo, está totalmente lleno el local; en la barra ésta unos quince clientes, en las mesas, como treinta, todos se encuentran atentos a la pantalla de la televisión donde transmiten vía antena parabólica una película porno: una Güera estaba muy apurada con un negro sudoroso que tenía un miembro gigantesco, cuando termina su actuación, unos se acomodan en su asiento, otros escupen nerviosos en el suelo, lleno de colillas de cigarro, cáscaras de semillitas, hojas de tamales, y charcos de agua provocados por el sudor de las cubetas con hielo y cerveza, aquí también venden cubetazos; Ulises da una vuelta entre los hipnotizados bebedores, uno se distrae un momento para aprobar le lustre el calzado; no hay radiola y todos se concentran en lo que sucede en el aparato televisivo donde otra pareja inicia la rutina anterior. Al terminar Ulises su trabajo nos sentamos en una mesa al fondo del local, cerca del mingitorio que despide un desagradable olor, ahí retoma la historia.

—No había que soltar a la ñora, todos los días me daba un volteón a *La Jarra*, después de quince días apareció el machín de la ruca, se sentó en una mesa a esperar que terminara el turno su vieja; se veía diferente, pero las botas de anguila y la esclava eran las mismas, traté de sacarle plática mientras lo boleaba pero no habló nada, me entró lo cabra cuando me cantó el tiro; me dijo bien jiño, con la baisa cerrada enfrente de mi cara que me callara de una vez o él se encargaría de hacerlo... ¿Aquí no sé? sí sería conveniente aventarme una bronca con el machín, desde luego él sacaría el arma y se hacía la balacera, lo mataba y alegaba que él era el asesino... ¿No era asesino?, a

p'os si verdad, dije que era conejito ponedor. Bueno entonces iba con el comandante de la pejota, que era camarada porque lo boleaba en su oficina y a veces me pedía mi opinión para resolver alguna bronca gruesa y le ponía el dedo, entonces lo apañaban y yo quedaba como el mero mero en las fotos del peiper, la historia termina con las letras rojas de los periódicos de la tarde: «Un triunfo más del Bolero Chido» y yo ahí con el machín todo agüitado porque lo apañaron.

Le dije a Ulises que la historia estaba muy floja, que le faltaba acción, violencia y sexo, que eso es lo que pega en la actualidad, pensé que se iba a enojar y que se terminarían los días de tomar de gorra. Me dio la razón, quedamos en vernos al día siguiente; dijo que pensaría en otra historia que incluyera lo que mencioné.

*El Mingos* a las ocho de la noche no cuenta con mucha clientela, el dueño junto a la caja registradora se acomoda para que le bolee los zapatos Ulises; mientras resuelve un crucigrama de una revista especializada. En un viejo piano un viejo pianista que tiene cierto parecido con Carlos Monsiváis pero sin lentes, acompaña con su música las canciones que interpreta una señora demasiado pasada en peso, pero su voz da cierto aire a María Luisa Landín. Después como me ha tocado ver en otras ocasiones, porque ya he estado en esta cantina, el local se llenará en su totalidad y por el desfilarán muchos de los grupos de músicos que todos los días se concentran en Zuazua, tocan música en vivo para los diferentes gustos de los bohemios que por aquí vienen: baladas, música norteña o regional, trova yucateca. Solistas, duetos, tríos, cuartetos y todas las combinaciones posibles se alternarán entre sí para complacer a sus clientes. Al terminar una canción, otro grupo inicia en otra mesa y así cada uno podrá interpretar las melodías que les soliciten.

Ulises termina de bolear al dueño, y se sienta en la mesa en que me encuentro, que atiende un auténtico Tlaxcalteca, de cara esculpida en bronce; nos da unas papas de galeana coci-

das como botana, acompañadas de una salsa casera que sabe demasiado a vinagre; ante nosotros desfilan músicos, vendedores, y gente que sólo entra al baño. La barra, que no tiene gracia se va llenando poco a poco, las paredes están tapizadas hasta la mitad de corteza de madera, el resto con láminas de corcho; una rueda imita una ventana; junto al sanitario se alinean todo tipo de estuches que contienen instrumentos musicales. Hay unas veinte mesas, nada más tres son ocupadas, en una de ellas un grupo regional canta corridos de caballos a un par de viejos; en las mesas vacías, músicos ensayan solitarios en espera de clientes. Llega un joven y se acomoda en la barra, se ve angustiado, algo habla con la señora que canta acompañada del piano, después marca en el teléfono público que está en la barra y al rato la señora está dando una serenata por teléfono.

—Ya estuvo; mira la historia va más o menos así: estaba en *El Teveo*, boleando al Fufito, está lleno el lugar, en la pista baila Yasmín, que esta bien buenota, boluda por todas partes la pobrecita y todos los que la ven tienen la babota escurriéndose. Por donde bajan del escenario las bailarinas está el Tucson, un pelao que se dedica a sacar necios y cuidar a las chachitas, cuando se oyó que se estaban peleando Zafra, una de las morras que bailan, con su matador, el Gandul, que le puso sus madrazos y antes de que llegara alguien a separarlos el bato se había pelado. El Fufito le dijo al Tucson que lo buscara para darle avión, pero que lo hiciera sin que la raza se diera color. A la pobre Zafra la estaba consolando el Wally uno de los meseros. Mientras, el show continuaba. Ya había terminado de bolear al Fufito. En ese momento le boleaba unas botas hasta la rodilla a Ingrid, mientras estaba viendo un bonito panorama, algo así como el túnel del tiempo, mientras le daba sus sobadotas alguien gritó: ¡Auxilio... la han asesinado! Es la voz de Zafra, dijo Kitty, y salió corriendo dejándome con el cepillo en la mano, de volada me le pego y en el baño estaba tirada Zafra; alguien de los mirones dijo, la estrangularon; no tenía que decirlo, luego

luego se notaba porque tenía una media en el cuello... ¿Cómo dices?, que cómo gritó Zafra con el cuello apretado... nombre pinche Rolas quieres que me equivoque. Fue Kitty la que gritó, yo estaba boleando a la Ingrid, esa de las botas y quedaba quebrada de recrearse con el panorama. Mejor le seguimos mañana, porque ya se me fue la onda, tú de plano me haces bolas, anótale p'a que no te equivoques.

A Ulises no le importó el anuncio en la puerta del *Moctezuma restaurant bar*, que decía: Prohibida la entrada a Músicos, Boleros, Vendedores y Militares. Barra de una sola pieza de madera fina, pesada, serán cinco metros. La echaron a perder poniéndole encima una lámina de fórmica, la contrabarra construida con gruesos barrotes y dos grandes espejos tienen cuatro faroles de bola, ocho cajones y solamente botellas de tequila de diferentes marcas. Azulejos blancos del piso hasta media pared que después llega hasta terminar en el techo de sólidas vigas. Nos sirvieron cerveza oscura en vaso, que parece crema, acompañado de unos cacahuates fritos en manteca de puerco. Pedí de cenar dos tacos dorados uno de pierna de puerco y otro de pollo acompañados de cueritos curtidos, la especialidad de la casa; junto a la barra existe un canalito de azulejos por donde anteriormente corría agua y servía como escupidera, ya no se usa. Ulises llegó boleando al dueño, cuando terminó se sentó frente a mí; era una mesa de madera de las que tienen en cada pata unos rectángulos para poner las bebidas, en una mesa especial para jugar dominó, así no estorba nada, las sillas hacen juego con la mesa y tienen en el respaldo un anuncio de cerveza Nor-teña, que nunca he oído que exista.

—Bueno, aquí en este papel, ya traigo escritos en orden los nombres: Ingrid dijo que Katty había gritado que Zafra estaba muerta, alguien dijo que el Gandul la había matado porque oyó que la amenazó cuando se estaban peleando. Entonces todos nos pusimos a buscar al Gandul; yo me metí en un cuarto que tenía muchos muebles viejos y estaba apagada la luz, alguien

me saltó por atrás y me empezó a ahorcar con las manos, entonces le di una patada en los güevos y salió corriendo...

—¿Otra vez?

—Si me interrumpes se me va la onda. Bueno me descontó, luego me agarró por enfrente, le di un patadón y salió juido, me levanté para ponerle cola y me tropecé, logre prender una luz y ahí estaba el Gandul con un mecate en el cuello, estaba muerto y me cabrié todo... así va la historia y me imagino que cuando vez un muerto pues te has de cabrear... en eso llegaron los demás junto con la Chota y me querían cargar el paquete y yo dije que nel, que seguro se lo había enfriado algún otro gandaya que le quería poner, y que él le había puesto a Zafra y luego por eso le pusieron a él. El Fufito dijo que a la mejor tenía razón, porque la morra se rolaba con todos, que agarraba parejo, los meseros, el cantinero, el de la música, hasta con el vela, para terminar con el Wally, él les dijo a los chotas que sí, que le había dicho a la Zafra que dejara al Gandul y le ponía cantón. El mero mero de los piojos dijo que nadie podía salir hasta que llegaran los de la Pejota y se hicieran cargo; el Fufito les dio pa' los chescos pa' que lo dejaran terminar el show, mientras a ver si salía a flote el que le dio cran al Gandul. Después de un rato llegó el Chiripa otro mesero y dijo que el Wally se había pelado por una ventana. Cuando subí al techo, a donde daba la venta, ahí estaba todo madreado, dijo que el Tucson lo madreó a la malagueña pero que se desafanó, que ese era el bueno, todos se pusieron a talonearlo y como estaba mamado no lo podían apañar, se vino corriendo derechito a donde yo estaba y con el cajón le puse un madrazo en el güesito sabroso, después le piqué los ojos y se le dieron baño entre todos; cuando ya estaba bien cateado soltó la sopa, que'l le había puesto a la Zafra porque lo engañaba con el Gandul, después le dio en la madre al Gandul por lo mismo; me quiso poner porque ya mero lo descubriría y luego trato de enfierrar al Willy... ¿Sigues?, bueno no entiero a nadie y sí ta bueno me equivoqué es el Wally, pero ahí se acaba

la historia ¿A poco no está machín, rin? Ay y desde luego salí en los periódicos con eso de un triunfo más del Bolero Chido.

Tuve que reconocer que estaba bien el rollo, nunca pensé que Ulises fuera bueno para las historias, él se emocionó y quedamos de que le íbamos a seguir con el cotorreo para hacer un libro.

No reconocí al Ulises cuando lo vi al día siguiente, con pantalón de vestir, camisa, zapatos y bien peinado. Que te parece ése, me agandallé una buena lima y un tramo, cortesía de su boutique exclusiva el tendadero. Es mi día de descanso y vamos a celebrar que se terminó la primera aventura del Bolero Chido —me dijo—. Ya me cansé de andar en tugurios, te invito una cheve en una buena cantina, vamos al *Indio Azteca*, pa' que veas que también las puedo.

Diego y Madero, entramos a un local decorado como Lobby de un hotel de cinco estrellas, unas treinta mesas se alinean casi tocándose en ángulo, el local está completamente lleno ¿Cuál crisis? pensé. Seis cabezas de Venado disecadas desentonan con el estilo modernista, sobre la contrabarra una cabeza de un oso, que parece salir de la pared acojinada, está con el hocico grotescamente retirado, dos pez espada completan la decoración. Los clientes son profesionistas jóvenes, muchos traen corbata y destacan los gorditos. Ocupamos una mesa de madera con un fino acabado en laca, son mesas como las del *Moctezuma*, las sillas hacen juego con la mesa, todas se ven viejas pero con un mantenimiento constante, en su respaldo anuncios de cerveza dos XX.

Ulises pide dos cervezas al mesero de camisa blanca impecable, pantalón negro y corbata de moño. Me extraña que al servir las no ponga cuenta como se acostumbra, un cartón dentro de un vaso que sirve de servilletero donde se anota el consumo. Antes de terminar la cerveza nos traen un plato con topos cubiertos de pico de gallo y tres papitas de galeana con salsa, es la botana, no la tocamos. Pide otras dos cervezas Ulises, que no sé de qué habla, yo estoy atento a lo que se dice en otras mesas, uno platica de todos los días que ha aguantado

pisteando; otro lo que ha aguantado manejando en la carretera sin parar; en otra mesa alguien cuenta de todas las viejas que ha tenido, sigue con las viejas que han pasado por su armas en la oficina y si lo dejan seguirá con las viejas de sus amigos; el ritual se cumple: ante una bebida, no pasa nada, de las bromas a las grillas del trabajo, después a los problemas familiares, al último todos se dividirán el costo del consumo.

Al traernos la cuenta, a Ulises casi se le salen los ojos, de sopetón le dijo el mesero que eran veinticuatro pesos, no dijo nada, pero al salir, explotó: nos hubiéramos comido la botana siquiera, están carísimas las cervezas, fácil completábamos un cartón. Para que no se sintiera mal le invité una cerveza en *El Zacatecas*, que está en contraesquina. Tres clientes se acomodan en la barra, sólo tomaremos una, previendo que el precio sea igual al de la competencia. Del grupo en la barra se desprende un señor que salud a Ulises, Licenciado Martínez –saluda efusivo, a un señor sesentón de traje gris y corbata roja. Acepta sentarse con nosotros pero pone como condición de que él invita, lo que no pensamos que se viera mal. Ulises encuentra un oído receptivo para quejarse del *Indio Azteca*, y el licenciado encuentra una pareja solidaria. Nos cuenta que en ese bar pasó muchas horas de su juventud, le gustaba ese ambiente que había antes, de una verdadera cantina, donde se podía jugar dominó, platicar con los amigos, cuando la botana eran unas costillitas adobadas, que hacían los cocineros con una receta secreta invención de la esposa del dueño, los clientes hasta pedían para llevar.

El piso es de mosaicos negros y blancos. Sólo dejaron las cabezas de los venados que ya tienen mucho tiempo; hasta modificaron la barra de la que tanto presumían –dice el licenciado con amargura–, me acuerdo cuando matamos el oso, fuimos de cacería todos los de la palomilla, fue allá por 1953. A Severo y Ventura los dueños de la cantina les tocó la cabeza porque dijeron que la iban a mandar a disecar, a otro la piel, la carne se repartió entre el resto, ese invierno hubo tamales de

oso en todas las casas del barrio; por ahí debe haber una fotografía del oso muerto, amarrado a la polvera del Packard en el que fuimos, me acuerdo que le dimos una vuelta por las calles para que sintieran envidia del trofeo que logramos. El resto de la plática fueron las múltiples aventuras del licenciado, me fui para tratar de alcanzar el último camión a la casa.

Por la Calzada Madero rumbo a Juárez, se han instalado varios bares con música en vivo, en ellos hay mujeres para bailar, vigilantes en la entrada, bebidas caras; solo en uno se veía movimiento, pero no me atrajo para entrar. Al llegar a Escobedo oí música en el *Bar Ok*, Janis Joplin cantaba *Mercedes Benz*, el sonido hacía que los cristales del local vibraran, todas las mesas cerca de la entrada estaban ocupadas, me senté en un banco alto junto a la barra. En una tarima un grupo de rock acompañaba a una güera que imitaba a la perfección a la Janis, pensé que era una alucinación causada por las cervezas consumidas. El mesero me devolvió a la realidad, una cerveza costaba diecisiete pesos, bueno diez del cover; estuve a punto de mandarlo por un tubo, pero el dueño aceptó que sólo pagara la cerveza y me fuera, ya no me servirían más. El local se encontraba a la mitad de su capacidad, había dos áreas en otro piso, parecían terrazas oscuras y desocupadas. La decoración eran posters americanos y fotografías de gente famosa que había visitado el lugar; había gente todavía con traje y corbata, pero la mayoría eran jóvenes con buena ropa. Termine la cerveza antes que el show y me fui a mi casa; logré alcanzar el último ruta 39, al día siguiente buscaría a Ulises.

Hasta después de tres días pude ver a Ulises, se veía enfermo, me platicó que agarró el avión y lo apañó la chota, hasta perdió el cajón, se pospondría otros tres días el cotorreo, por lo pronto me bajó diez bolas para comprar lo necesario para reanudar el negocio, le dije que no fuera a comprarse un tinaco. Con el dinero en la bolsa me dijo que no era mala idea, pero que le urgía alivianarse para seguir con el libro de las aventuras del Bolero Chido; que ya tenía otra historia y que esa era

mejor porque sería la denuncia de un crimen entre los gargantones que manejan el billete en Monterrey.

El relato de Ulises se me hizo interesante, tenía buen argumento y sonaba creíble, mientras lo contó recorrimos varias cantinas: *El Caracol*, que se llama así porque salen bien babosos, según Ulises; *El Rinconcito*, *La Bola de Oro*, *La Castañeda* donde sirven la mejor botana; *El Bristol*, *El Salón Laredo* y sus ligues Gay; *El Monterrey*, *El Tecate* con su contrabarra en forma de castillo; *El Jardín*, *El Pepes* con sus especialidades en mariscos; *Los Compadres*, *El Tarro*, *La Espuma*. Ulises me tenía apantallado, siempre presentaba buenos argumentos para sus historias de aventuras; habíamos agarrado una buena racha, todos los días cumplíamos el objetivo, se emocionaba con sus relatos y sugería alguna que otra modificación a lo que tenía escrito. Los nombres de la raza empezaron a aparecer, así el Brother era un narco; la Sombra, un asesino psicópata; el Roge era integrante de un grupo de conspiradores; el Greñas, el Moscos, el Piñón, el Crasy, el Burro, y el Perro una banda de asaltabancos. El Bolero Chido siempre terminaba atrapando a los criminales y en pocas ocasiones disfrutando de los apapachos de bellas mujeres o recibiendo buenas recompensas.

Tres meses duramos visitando cantinas diferentes, cantinas con nombres raros, con su clientela definida, con su historia. Pasamos por *La Oficina*, *La Chamba*, *El Reforma*, *El Seguro*, *El Arbolito*, *Los Pollos*; estuvimos en *El Santa Rosa*, *El Santa María* y *El Pacos* que se encuentra en tres esquinas de las mismas calles; *La Bolita*, *Los Pinos*, *Las Víboras*, *El Bar de Pecina*, *El Sabino*, *El San Luis*; *El Bar de Mancillas* donde se juntaba Fidel Castro. Todos de alguna manera hacían crecer la imaginación de Ulises, ya teníamos seis relatos, llevaba escritas cuarenta cuartillas a máquina, había descubierto a un excelente narrador del género policiaco, realmente estaba impresionado por la facilidad con que Ulises encontraba sus argumentos para las historias.

En Reforma y Colegio Civil se encuentran buenos libros usados, andaba a la caza de alguno que se encontrara en condiciones de ser leído, costumbre que adquirí hace mucho tiempo y en la que empleo varias horas de la tarde del sábado. Ese día iríamos a visitar *La Tetera*, quedamos de vernos por la estación del Ferrocarril. Los libros se apilaban sobre mesas y el vendedor en el hueco que queda en el centro, ya me conoce y sabe mis gustos, aunque no siempre le compro lo que ofrece, procura tener algo en ediciones pasadas que rescata para vendérmelas. La tarde era calurosa, el sol picante de los estucherros en busca de ropa, artículos electrónicos, algo para regalar o simplemente curiosear. Discutía con el dueño del tendido sobre el precio del libro que me ofrecía, al final aceptó los cinco pesos que le daba, antes de retirarme di una ojeada por las revistas usadas, ahí encima estaba una que me aceleró el pulso, una corazonada que me causó un leve mareo. El Pantera, Gervasio Robles, el personaje de historieta en «El crimen en el Vodevil», al hojearlo me di cuenta que se trataba de la primera aventura del Bolero Chido, exactamente como me la platicó, incluso con los mismos nombres, no había que pensar más, esa era la fuente de inspiración de Ulises. Sólo invertí un peso. Al ver al Bolero Chido me porté mal, traté de humillarlo; primero le exigí una boleada con tinta fuerte, después cambié el plan, iríamos a *La Grúa*, ahí se presentaba un grupo de música norteña, el ruido era insoportable, pero me servía de escudo para no gritarle que me había traído como su pendejo durante varios meses. Al terminar de tomarnos las cervezas del primer cubetazo, Ulises entusiasmado sacó una hoja de libreta, traía anotado un poema, yo ni lo vi, pensé que seguramente lo había transcrito del *Libro Sentimental*, no le dije nada, eso lo saco de onda, pidió otro cubetazo y seguimos pisteano en silencio. En un intermedio, los músicos, fueron sustituidos por la radiola, saqué el ejemplar de la revista *El Pantera* y lo puse sobre la mesa frente a él, le dije que las aventuras del Bolero Chido se habían terminado, que le daba todas las cuartillas que

había escrito y que ojalá las perdiera en alguna noche de locura, en su expresión vi el llanto a punto de brotar. Me fui sin despedirme.

Hace unos días volví a encontrarme a Ulises, estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos. Cargaba sus cosas en una red de plástico como solía hacerlo cuando le robaban el cajón de bolear, le faltaban los dientes superiores, tenía un corte en la ceja derecha, seguro se había bronqueado o lo habían ponchado, andaba demasiado sucio. Trató de ser amable, pero la tensión se sentía en el silencio que se da cuando se agota rápido una platica.

—Sigo en la ruta de los bebenautas, a ver cuando nos juntamos para tomarnos una cerveza y recordar ese tiempo cuando era el Bolero Chido, te puedo ayudar en la descripción de cantinas, para que completes tu trabajo, mínimo pienso recorrer las tres mil quinientas cantinas que calculamos —Dijo, sin verme a los ojos, antes de perderse por Aramberri, que en esa ocasión se encontraba completamente a oscuras.

## La primera vez que vi tu cara

Genaro Huacal

La memoria no alcanza a precisar ese momento, esa primera vez que tuve conciencia de esta ciudad. Sin duda sería en la primaria, pero antes de estudiar la geografía, historia y gentilicios del país, de una manera u otra, empezó a fluir por mis oídos.

Un día sin conocer aún su futuro significado vital, descubrí a Monterrey y a los regiomontanos en la historieta de *Memín Pinguín*, entonces supe del cabrito, la carne asada, las polkas y los Rayados.

Más tarde, en algún rincón de la secundaria, entre Credence y Procol Harum, Mile Laure y Leo Dan, encontré un acordeón de postales regias enviadas por un hermano de paso por la ciudad. Nunca olvidé la toma de la Plaza Zaragoza con el Condominio Acero al fondo. Fue la primera vez que vi tu cara y me gustaste Monterrey, como aquellas cosas gratas disfrutadas sin afán de poseerlas.

Nunca creí pisar tu suelo, no tenía por qué, más aquí aprendí a hacer las cosas por necesidad de hacerlas; los motivos en Monterrey salen sobrando. Una mañana de junio *desembarqué* en el río Santa Catarina, feliz, mirando mi alrededor en busca de tu estímulo pavloviano: el Cerro de la Silla.

Manuel María de Llano, entre Villagrán y Villagómez, vio transcurrir mi primer fin de semana regio, pisa y corre a la frontera.